El refranero supersticioso español

FRANCISCO J. ÁLVAREZ CURIEL
Asesoría Lingüística. Rabat
Embajada de España en Marruecos

Se ha dicho que el refranero constituye un compendio de experiencia y sabiduría populares; cualquier aspecto de la vida humana tiene su refrán con el que se aconseja, se recrimina, se constata un hecho o se expresa una creencia. Del dilatado abanico de temas que el refrán aborda, hemos rastreado aquellos que reproducen de forma sentenciosa algunas de las supersticiones populares que, consciente o inconscientemente, aún perviven en muchos comportamientos y actitudes.

El refrán y la superstición tienen un origen popular común, su difusión es oral y reflejan el mismo mundo rural y doméstico en el que, sin duda, se fraguaron. Además, ambos sufren el mismo proceso de erosión al que los someten la vida moderna, las prisas y la pérdida del ámbito de la conversación. En las márgenes de este precipitado discurrir van quedando otras tantas manifestaciones orales de vieja raigambre: el cuento, la leyenda, la canción infantil: el folclore, en suma. No obstante, creemos que tanto el refrán como las creencias supersticiosas, muchas de las cuales han acompañado al hombre desde sus primitivos terrores, seguirán presentes a pesar de que la ciencia y el progreso hayan descifrado algunas de las claves que, hasta no hace mucho, eran enigmas que propiciaban la imaginación, el mito y la superstición.

De la misma manera que encontramos en todos los pueblos y culturas refranes idénticos en la forma o en el fondo, también la mayoría de las supersticiones se reproduce con ligeras variantes respondiendo así a un origen común. Las lenguas, las costumbres, los modos de vida pueden ser diferentes; los miedos, los anhelos, los tabúes de los hombres de cualquier tiempo o lugar son los mismos.

La superstición es una creencia extraña a la fe y a la ciencia por la que se establece una relación causa-efecto que el saber científico descarta y que la religión explica apelando, en algunos casos, a la intervención divina. Nace del pensamiento mágico que busca una explicación al misterio, al mal y a la muerte. El miedo a lo desconocido produce angustia. Muchas creencias supersticiosas no hacen sino localizar el mal, buscar la causa de la desgracia, adjudicar un poder benéfico o maléfico a sustancias, animales, objetos, números, días, etc. y, a partir de ahí, atenerse a las consecuencias o buscar el antídoto correspondiente. Porque, si hay algo que daña, se busca el amuleto, el sortilegio o el ensalmo que pueden librarnos del mal.

Durante mucho tiempo, y aún en la actualidad, la promiscuidad entre ciencia, religión y magia no ha permitido marcar entre ellas límites claros. Se seguirá hablando de alma a pesar de que la bioquímica quiera reducir los sentimientos y la vida a puras reacciones químicas.

1. EL REFRÁN SUPERSTICIOSO.

Para nuestro estudio hemos acudido al *Refranero General Ideológico Español* de Luis Martínez Kleiser (1953). En él se recogen más de 60.000 paremias, ordenadas temáticamente. Sólo unas

cuantas decenas recogen creencias supersticiosas. Hemos descartado, aunque el autor incluye algunos dentro de los supersticiosos, aquellos refranes que hablan de fenómenos atmosféricos y de predicciones basadas en simples indicios naturales. La razón es que la experiencia del hombre del campo ha encontrado, después de muchas observaciones, alguna relación entre el fenómeno ("Cerco en la luna...") y el meteoro subsiguiente ("...agua segura"). No se puede, pues, hablar en puridad de relación mágica entre estos hechos y sus consecuencias.

Hemos notado que algunos de estos refranes, más que constatar hechos, lo que expresan son deseos, pues la lluvia, el tempero y el desarrollo normal de los ciclos estacionales son la base de la agricultura. A estos deseos, y quizá también a los efectos rítmicos, pueden obedecer algunos como los que rezan:

Lloviendo en Santa Bibiana, cuarenta días y una semana.
La luna de octubre, siete lunas cubre; y si llueve, nueve.
Luna con cuernos al mar, agua va a buscar.

Del mismo modo, la fecha en la que cae alguna fiesta del año litúrgico es tomada como pretexto para pronosticar años buenos o malos:

Pascua en marzo, señal de mal año.
Pascua en jueves, vende tu capa y échala en bueyes (buen año)
Pascua enmarcá (San Marcos), muerte o esterilidad.
Semana Santa en marzo, año bellaco; Semana Santa en abril, año gentil.
Cuando San Juan fuere en domingo, vende tus bueyes y échalos en trigo. (Será mal año)
Si en la Candelaria no se apaga la vela (no corre viento), buen año espera.

2. ESTRUCTURA.

La forma del refrán supersticioso responde al mismo esquema de casi todos los refranes: bimembre, rima asonante o consonante entre los dos "versos", léxico sencillo, coloquial, presencia de arcaísmos.

La estructura bimembre de los refranes en los que se constata un texto supersticioso (todo refrán es un texto, una paremia, que reproduce esquemáticamente una historia anterior conocida), divide al enunciado en dos secuencias: la primera (de carácter narrativo, descriptivo, enunciativo) presenta un acontecimiento más o menos fortuito ("Rozarse con cura..."), marca un tiempo ("En martes..."), o indica una acción ("A quien ajos comió..."). La segunda (la mágica propiamente dicha) especifica las consecuencias que se derivan de la primera ("...desgracia segura"), da un consejo, avisa ("...ni te cases ni te embarques") o habla de lo que nos hemos librado ("...la víbora no mordió").

En el primer miembro aparece el elemento mágico, aparentemente inocuo ya que se trata de sustancias, objetos, hierbas, animales, situaciones o números intrínsecamente anodinos, ni buenos ni malos *per se*: sal, herradura, ajo, gallo, verruga, trece...Eso sí, son los mismos que aparecen ligados a las demás creencias supersticiosas que no han adoptado la forma de refrán.

3. PRINCIPIO Y FIN.

Hay situaciones de riesgo en las que no importa tanto el comienzo sino el resultado final. El juego es una de ellas. Está sujeto al azar, a la racha, a la buena o mala suerte. Es un mundo, el del juego, en el que lo incierto del resultado da pie a un sinnúmero de creencias y manías que intentan forzar la ceguera de la fortuna. Y aunque las cosas no terminasen bien, el refranero siempre dará un consuelo: "Desgraciado en el juego, afortunado en amores".

Un buen comienzo no es presagio favorable:

Los gitanos no quieren buenos principios para sus hijos.
El judío a su hijo azotó porque ganó la primera.
Ni mano primera ni la res postrera.
Quien empieza ganando, termina llorando.
Quien gana la primera, pierde la postrera.

Una carta desfavorable puede marcar el sino de la jugada: "Puta (sota) a la ventana, mala mañana". Un mal tropiezo al entrar o al salir, cruzarse con un *gafe,* divisar un animal siniestro son malos agüeros:

Entra con pie derecho, si quieres hacer tu hecho.
Hombre muerto, mal encuentro.
Si de mañana encuentras liebre o puta, cambia de ruta.
Araña por la mañana, señal mala; pero si por la tarde la encuentras, señal buena.
Araña que por su hilo hacia ti cae, bienes te trae.
Cuando salgas de caza y veas un mochuelo, vuélvete ligero.

La luna, con sus fases menguantes y crecientes, es un referente continuo que hay que tener en cuenta a la hora de iniciar alguna faena puesto que, por la magia llamada imitativa, corremos el riesgo de que se pierda buena parte de lo que hacemos:

Cuando mengua la luna no comiences cosa alguna.
Cuando menguare la luna no siembres cosa alguna.
Si quieres que te cunda el tocino, mata en luna nueva tu cochino.

La novia también se enfrenta a un seguro incierto, pues su suerte como casada dependerá del marido que le toque, de cómo le salga el hombre:

Novia mojada, novia apaleada.
La novia que a San Cristóbal le besare el pie, casará bien.
La novia que se come un garbanzo negro y novio tiene, poco lo quiere.
Los amores que comienzan en Cuaresma, duran más, dicen las dueñas.

Late un sentimiento pesimista en muchos refranes que nos hablan de que cuando algo va bien durante cierto tiempo, la desgracia está próxima: "A cuatro días buenos, ciento de duelos". Además, una vez desencadenada la mala suerte, los males se suceden porque:

Las desgracias nunca vienen solas.
Ajos y desdichas, no vienen solos, sino por ristras.
Quiebras y cerezas, tras una se vienen treinta.
Una quiebra, otras enhebra.

Este sentido fatalista de algunas creencias se atestigua en el miedo que sigue a la terminación de una obra: "La casa labrada y hecha, y el ataúd a la puerta". "Casa hecha, sepultura abierta".

Elemento mágico

Como decíamos, en la primera parte del refrán supersticioso aparece un factor material que sirve de soporte a la creencia explicitada en el segundo miembro. Estos elementos se concentran en los siguientes grupos temáticos:

1. El cuerpo humano.

Son numerosas las creencias supersticiosas en las que interviene alguna parte de nuestro cuerpo. Muchas de ellas hacen referencia a lo escatológico, a lo que sale del cuerpo: excrementos, orina, saliva, pelo, uñas, dientes, menstruo. Está muy extendida entre los aficionados al juego, la creencia de que pisar una mierda traerá buena suerte; si una mujer con la regla pasa junto a una planta, ésta se secará. Curioso, pero muy arraigado en el pueblo andaluz es el convencimiento de que si los trozos de uñas que se cortan por primera vez a un niño pequeño se arrojan al tejado, el niño saldrá cantaor. Referidas a este campo de lo escatológico sólo hemos encontrado en forma de refrán estas dos: "Sano es en el fuego mear; pero de escupir te has de guardar". "Si quieres que el diablo pase mala semana, córtate las uñas el lunes por la mañana". Pero es a la anormalidad, a lo deforme, a lo extraño a lo que se dota de poder mágico, generalmente maléfico, capaz de acarrear el mal con su sola presencia. Una creencia muy recurrente es la de que el pelirrojo trae mala suerte porque es la imagen del demonio, la encarnación del mal. Según la tradición, Judas tenía el pelo bermejo: "Hombre rojo y el demuño, todo es uno". "Rubicundo era Judas el traidor: ni mujer ni hombre ni perro ni gato de aquella color".

La misma suerte corren los tuertos, los bizcos, los cojos:

Dios nos libre de un cojo, de un rojo y de uno que le falta un ojo.
Dios nos libre de ojos bizcos, que todo lo ven torcido.
Pelirrojo, peor que cojo.
Tuerto, sal de mi huerto.

A veces el mismo refranero es el que nos proporciona el remedio: "Después de un cojo, un conocido; o si no, dos cojos seguidos". Otras deformaciones, pequeñas marcas como lunares o verrugas, ofrecen en la creencia popular dispares interpretaciones:

Hombre de verrugas, hombre de fortuna.
Mujer de lunares, mujer de pesares.
Lunar en la cintura, señal de buena ventura.

2. Los animales.

La culebra es tradicionalmente la encarnación del mal, el animal tabú cuyo nombre no se puede decir. Curiosamente, la piel, la camisa de este reptil es un amuleto que propicia la buena suerte: "Arrejundre y medra como si llevara camisa de culebra".

El gallo, animal totémico, representa al sol y desde la veleta protege las viviendas. De él, dice la creencia, nace el basilisco capaz de matar con sólo la mirada. Su canto, y el de la gallina, cuando lo hacen a deshora, es un aviso de malos presagios:

Gallo que canta al sol puesto, canta a muerto.
Gallina que canta como gallo, o anuncia su muerte o la de su amo.
Cuando canta la gallina, se muere la vecina.

Las aves nocturnas no presagian nada bueno: "El mochuelo es pájaro de mal agüero". En cambio, un cierto sentido ecológico mira con buenos ojos a algunos animales: "A quien destruye un hormiguero, le vendrá duelo". De la misma manera creemos interesante destacar cómo animales insectívoros, beneficiosos para la agricultura son considerados 'sagrados' en el folclore popular y se castiga con graves daños al que los perjudique. Recordemos la creencia acerca de las golondrinas, sacralizadas "porque le quitaron las espinas al Señor". Igual buena suerte acompañan al lagarto, a la *mariquita*, a la araña...: "Quien rompe una tela de araña, a ella y a sí mismo daña". Ante lo sagrado el mal se detiene: "A la madera que ha de servir de cruz, no le entra la polilla".

Un extraño consejo aparece en este refrán: "Si quieres que te salga bueno el gato, has de robarlo". O éste sobre los piojos, ya que, al parecer, en otros tiempos el tener este parásito era señal de buena salud. Todavía hay quien cree que los piojos aparecen por generación espontánea si uno no se lava la cabeza durante un tiempo razonable: "En la juventud, los piojos son salud". "Niño enfermo no cría piojos".

3. Las plantas.

No pocas de las creencias tenidas por supersticiosas acerca del poder curativo de las plantas tienen realmente una base científica, puesto que algunos de los principios activos utilizados en la farmacopea se obtienen a partir de extractos vegetales. Sólo cuando a la planta se le adjudican poderes no tanto por ser ingeridos sino por su simple presencia, es decir, si los convertimos en objetos mágicos, podemos hablar de superstición. El gesto instintivo de 'tocar madera' ante la simple mención de la muerte o del animal tabú responde a la misma actitud.

En la casa donde hay ruda, no muere criatura.
Quien come verbena el día de San Juan, se libra de reúma, de culebra y de todo mal.
Quien tiene granos de helecho, hasta de su mal saca provecho.
Quien ve romero y no lo coge, del mal que le venga que no se enoje.
¿Tienes a tu hijo enfermo teniendo apio en tu huerto?

Es, sin duda, el ajo el que acapara con creces la mayoría de los poderos mágico-curativos del reino vegetal. Pero no tanto por ser parte de una planta como por el hecho de semejar un "diente". Además

de las indiscutibles ventajas que el consumo de este condimento reporta al organismo humano, los dientes del ajo son usados como amuleto y talismán: "A quien ajos comió, la víbora no mordió". "No os morderá la víbora, Sancho, que habéis comido ajo".

Hasta el hecho de sembrarlos, para que la cosecha sea buena, requiere ciertas actitudes mágicas: "Ajar (sembrar ajos) en días nones y sembrarlos con maldiciones". En cuanto al trébol de cuatro hojas, es prácticamente universal la creencia de que acarrea la buena suerte. Es un ejemplo más de la tendencia a adjudicar poderes mágicos a la anormalidad, a lo raro: "Dame trébol de cuatro hojas, y darte he a escoger entre mozas".

Hay árboles como la encina, el roble o el laurel que concitan los poderes de la naturaleza porque atraen los rayos o porque simbolizan a la divinidad. Pero también hay árboles *bordes*, que acarrean la mala suerte; el caso más llamativo es el de la higuera. La gente del campo dice de este árbol que es traicionero, que sus ramas se desgajan sin avisar, de pronto, a traición. Dios la maldijo. En Andalucía, al hablar de la persona gafe, del que tiene *malage* (mal ángel) se dice de ella que tiene "mala sombra": "De la higuera la sombra no es buena; y la del nogal con cuidado has de tomar. Así dice una hermosa soleá:

Aléjate de mi vera,
que tú tienes para mí
sombra de higuera negra.

4. Días, años y números.

La creencia popular ha concentrado en un día de la semana (el martes) y en una fecha del mes (el 13) las desgracias que nos amenazan. El origen de estas supersticiones es incierto; otros pueblos han elegido como día nefasto el viernes. En la elección del martes como fecha contraindicada para comenzar algo, pudo intervenir el hecho de que el pueblo romano dedicó este día a Marte, dios de la guerra. En cuanto al 13, porque fue este el número de comensales que asistió a la última cena que Jesucristo celebró con sus discípulos y en la que había un traidor, Judas, prototipo de maldad y de traición. Sea como fuere el caso es que todos hemos oído muchas veces estos refranes:

En martes, ni te cases ni te embarques.
En martes, ni de casa mudes, ni tu hija cases, ni tu ropa tajes.
En martes, ni gallina eches, ni hija cases.
Si quieres que tu gallina buenos pollos saque, no le pongas trece huevos ni la eches en martes.
Para quien no tiene la suerte de su parte, todos los días son martes.

Este miedo ancestral a un tiempo maldito se extiende a periodos largos, relacionando lo negativo con los números, ámbito también propicio para las creencias supersticiosas: "Año bisiesto, año siniestro". "Año de siete, ¡quién lo oyera y no lo viese!".

A algunos números (3, 7, 13), a ciertas cifras (el 666, por ejemplo, es el número apocalíptico de la "bestia") y a algunas secuencias (7 veces es la más repetida) se les adjudican reiteradamente en todas las culturas connotaciones positivas o negativas. Hay números perfectos: el 3 es el prototipo del equilibrio, de lo completo: "No hay dos sin tres". "Los números nones son los mejores, y el número 3 el mejor de todos es".

Esta conciencia supersticiosa del valor positivo o negativo de las cantidades pares o nones, no es constante pues depende en muchos casos del para qué, como se confirma en estos refranes: "Si quieres que tu clueca buenos pollos saque, no le eches huevos pares". "Para la mesa, huevos pares; para la echura, huevos nones".

El huevo, que para la economía doméstica en el mundo rural constituye un elemento indispensable, es objeto de no pocas creencias supersticiosas. La humanidad lo ha considerado siempre algo misterioso: dentro de su cascarón se encierra el germen de una vida; su forma reproduce el ámbito del universo; es frágil y resistente a la vez. He aquí dos refranes sobre huevos: "Huevo puesto en Viernes Santo, nunca dañado". "Soñar con un huevo, mal agüero".

5. Sueños y otros presagios.

Aunque tenemos un refrán que nos dice *Creer en sueños, vanísimo agüero*, el mundo de lo onírico ha sido siempre un ámbito propicio para toda suerte de creencias, con fundamento o sin él. El psicoanálisis ha buceado en los sueños intentando desentrañar el significado profundo de los ensueños

en los que, liberado el subconsciente del control a que está sometido en los momentos de vigilia, se da rienda suelta a los instintos y deseos, principalmente sexuales, reprimidos y tabuados por la moral y por las normas sociales. Hay sueños recurrentes, repetidos, a los que se les ha adjudicado un claro simbolismo: soñar caídas, soñar que se vuela, soñar que se marcha desnudo por las calles, soñar con dientes, con toros, con muertos...

Soñar con dientes, muerte próxima de parientes.
Quien con muertos se ensueña, con vivos se halla.
Si soñaste caída, sángrate aína.

La postura u orientación que adoptemos al dormir no sólo evitará malos sueños (esas *pesadillas* o seres misteriosos que se colocan sobre nuestro pecho y que nos impiden respirar) sino que a la vez alejan males mayores: "Cabeza para el naciente y pies para el poniente y vivirás largamente".

Por todos los medios hay que evitar las situaciones que, popularmente, son tenidas por malos presagios. La sal, esa sustancia mágica, vital para la humanidad y dotada de poderes mágicos ya que impide la putrefacción, es objeto recurrente de innumerables creencias, no sólo negativas, sino también positivas puesto que con la sal se pueden evitar los rayos, el mal de ojos y otras maldiciones o castigos divinos: "Sal derramada, quimera armada". "Verterse el vino es buen sino; derramarse la sal es mala señal".

Hay un refrán muy práctico que, por si acaso, muchos cumplimos: "Quien va a un entierro y no bebe vino, el suyo le viene de camino".

La palabra no sólo representa la cosa mentada sino que, a la vez, tiene el poder de convocarla: "Si quieres que el diablo no se presente, no lo mientes".

He aquí otras muestras de refranes que avisan y pronostican:

Ya veo el arco; no moriré hogaño.
Hábito negro se rompe con luto.
Quien cuenta sus colmenas, para su mal las cuenta.
Matar un gato, mal presagio.
Quien bebe agua antes del almuerzo, llora antes del sol puesto.
Ave de mal agüero, a mi vera no la quiero.
Lo que se cae de la mano, quiérelo el diablo.

Un quiebro final, un refrán jocoso, hace burla de la creencia y opone lo práctico al miedo ancestral, inexplicable y hereditario: "El mal agüero del espejo roto: que hay que comprar otro".

CONCLUSIONES.

1. El refrán y la superstición comparten rasgos comunes: origen popular, difusión oral, referencias continuas al medio agrícola.
2. Sólo un número limitado de refranes ha adoptado la forma de refrán.
3. Ningún refrán supersticioso se refiere a creencias distintas o acude a elementos mágicos diferentes de los que aparecen en las supersticiones populares.
4. Algunas creencias sobre medicina popular y fenómenos meteorológicos no son propiamente supersticiosas, puesto que o tienen una base científica (poderes curativos de ciertas hierbas) o interpretan indicios (los referidos al tiempo climático) que pronostican con acierto el tiempo que hará.
5. Tanto los refranes como las supersticiones sufren el embate de la vida moderna; el medio urbano, tan diferente del rural, dificulta su aplicación y explicación al haberse alejado la situación en la que nacieron.